

Enl@ce: Revista Venezolana de Información,
Tecnología y Conocimiento
LUZ-SAILUZ. ISSN: 1690-7515
Depósito legal pp 200402ZU1624
Año 3: No. 2, Mayo-Agosto 2006, pp. 29-48

Ni methodus, ni methodium: imethodeia!: **El camino al conocimiento y sus obstáculos**

Ángel Muñoz¹
Gabriel Andrade²

Resumen

El siguiente escrito es una crítica a la rígida mentalidad que prevalece en las universidades, la cual tiende a limitar la creatividad de la actividad intelectual, a favor del cumplimiento de una serie de criterios ‘metodológicos’, que a la larga, entorpece mucho más que conducen la investigación. La etimología latina revela que la separación entre camino (*methodus*) y cerco (*methodeia*) es muy corta, y que lo que inicialmente puede concebirse como un camino que guía la ciencia, fácilmente puede convertirse en el gran cerco que obstaculiza la actividad científica.

Palabras clave: metodología, crítica, actividad intelectual, investigación.

Recibido: 09-11-05 Aceptado: 15-03-06

¹ Licenciado en Filosofía. Magíster en Filosofía. Dr. en Ciencias Humanas. Profesor Emérito de la Universidad del Zulia. Se especializa en temas de lógica medieval y filosofía colonial. Correo electrónico: roncesvalles@cantv.net

² Sociólogo. Mgr. en Filosofía. Facultad de Humanidades de la Universidad del Zulia.
Correo electrónico: gabrielernesto2000@yahoo.com

Neither *Methodus*, nor *Methodium*: *Methodeia!* The Road to Knowledge and its Obstacles

Abstract

This essay is a critique of the rigid mentality that prevails in universities, which tends to limit the creativity in intellectual activity, in favour of the methodological criteria that, at the end, difficult research. Latin etymology reveals that the separation between ‘way’ and ‘method’ (*methodus*) and ‘obstacle’ (*methodeia*) is very thin, and what initially may have been conceived as a way to science, may easily become its major obstacle.

Key words: methodology, critique, intellectual activity, research.

Introducción

En algún momento, uno de nosotros concibió la idea de, a pesar de todo, poner a consideración de nuestros “pares” algunos desvaríos sobre la Metodología. Posteriormente, en conversaciones de pasillo, ambos autores comprobamos nuestra coincidencia fundamental en aspectos del tema. Son los que proponemos hoy a consideración de los lectores.

La primera publicación a que aludimos (Muñoz, 2002), provocó no pocas críticas, aparentemente. Según parece; porque ninguno de los metodólogos en desacuerdo –que al parecer no fueron pocos– llegó a contrastar pareceres. Dejando de lado sus consejos de que para analizar y criticar hay que acudir a las fuentes, eligieron ser fieles a su fidelidad al método y prefirieron quedarse en el camino. Es satisfactorio decir que la sola referencia que tuvimos vino de parte de compañeros de la Escuela de Filosofía quienes, comprendiendo que la *philosophía* es búsqueda (*philo*), acudieron a la fuente y se arriesgaron a

poner a prueba lo que se exponía en ese trabajo, encargándonos dictar el curso al respecto en la Maestría en Filosofía. Las osadías se pagan. Pero si había que ser consecuente con éstas, y con todo y ser una Asignatura que siempre tratamos de eludir, hubo que aceptar. Se aceptó, quizá debido a que con la edad se van perdiendo intransigencias, quizá a que supieron hacerlo quienes halagaban el ego al proponerlo.

Como sea, quisiéramos comunicarles en esta ocasión dos convicciones nuestras: una, la de que no se es nada académicamente si no se investiga; y la otra, en la que nos extenderemos más, que la investigación no se aprende “desde afuera”. Y queremos acotar de entrada que cuando hablamos aquí de Filosofía, nos referimos a ella en el mismo sentido en que los griegos utilizaban el término, no restringido a lo que habitualmente se entiende hoy por Filosofía; sino como Sabiduría, en general, englobando en ella cualquier rama del saber y del quehacer humano que no busque una utilidad práctica. Cualquier actividad que busque el saber por el saber. Que tan filósofo y sabio podrían con-

siderar ellos a quien se sumía en elucubraciones sobre la sustancia y el ente, al pintor que pinta no por vender sus cuadros sino por el disfrute de la pintura, o al que por motivaciones netamente científicas pretendiera obtener una raza canina más bella y perfecta.

No se es nada académicamente si no se investiga

Nuestro primer objetivo –que poco o nada se es si no se investiga– es una idea que repetimos con mucha frecuencia, porque nos parece estar al principio de toda Filosofía y de todo Saber; y que nos resulta fácil y breve exponer, con sólo acudir a los pensadores griegos. Iniciando su *Metaphysica*, Aristóteles expone cómo, a su entender, los distintos tipos de saber del hombre se corresponden con diferentes actividades (Aristóteles, 1970, Libro I; 1994, Libro VI). Según él, lo más urgente en el hombre es el solucionar ante todo sus necesidades para sobrevivir; debe saber cómo poder proporcionarse lo necesario para la vida y sin lo que ésta no podría desenvolverse. Se trata, según él, del saber de la *téchne*, la técnica, lo que los romanos llamaban el “arte” (por supuesto, “arte” no entendida como “artes plásticas”, sino en el sentido en que hablamos de artesanos, artífices y artilugios).

Cubiertas estas necesidades, diversas *téchnai* podrán proporcionarle también lo placentero, la comodidad y lo agradable. Una labor a la que los latinos llamarían el *negotium* (*nec-otium*) de la vida. Sólo después, cuando todo lo anterior queda resuelto y satisfecho, podrá el hombre dedicarse a la *scholé*, al *otium*, al *ludus* (juego), a las Artes

Liberales, a la Sabiduría, como él prefiere llamar a la Filosofía. La experiencia, las técnicas y las artes, por tanto, sí proporcionan conocimiento; pero ninguna puede considerarse *episteme*; no son Ciencia, para Aristóteles; no son Sabiduría. Sí proporcionan al hombre lo necesario para la vida, y por tanto proporcionan utilidad. Pero, por muy útiles que sean –y, notémoslo bien, según Aristóteles *precisamente por eso*– no son Sabiduría. Esta comienza sólo cuando, satisfechas las necesidades y conveniencias, el hombre se dedica al Saber, sin pretender de ello algún provecho material. Saber por saber; saber no productivo, no pretensión de utilidad, no motivado por la necesidad; sino precisamente lo contrario, liberación de toda necesidad:

“constituidas ya todas estas artes, fueron descubiertas las ciencias que no se ordenan al placer ni a lo necesario; y lo fueron primero donde primero tuvieron ocio los hombres... Si filosofaron para huir de la ignorancia, es claro que buscaban el saber en vista del conocimiento, y no por alguna utilidad... Pues esta disciplina comenzó a buscarse cuando ya existían casi todas las cosas necesarias y las relativas al descanso y al ornato de la vida. Es, pues, evidente que no la buscamos por ninguna otra utilidad, sino que, así como llamamos hombre libre al que es para sí mismo y no para otro, así consideramos a la Sabiduría como la única ciencia libre, pues ésta sola es para sí misma” (Aristóteles, 1970, 981b 20-23 y 982b 20-28).

Esta búsqueda del saber, por otro lado, no puede llevarse a cabo sino en el *otium*; ocio que no consiste en no hacer nada, sino en dedicar ese tiempo “libre” de trabajos en busca de remunera-

ción, dedicarlo a lo innecesario no productivo. Ocio sin indolencia, en actividad sin remuneración; en la quietud, sin ajetreos, en la dedicación ociosa y despaciosa, por encima de intereses utilitarios, que son lo contrario –*nec-otium*– de la Filosofía. Será preciso subrayar, aun a riesgo de que se tache a la Filosofía y a la Sabiduría como faltas de alegría y pasión, que *Philo-sophia* ha de entenderse no como el tradicional romeojulietesco “amor” a la verdad, ni como algo similar al amor filial o maternal, sino como búsqueda efectiva de ésta. *Philo-sophia* y Sabiduría, actividad de las mentes libres; que –al decir de Aristóteles– “no hay ocio para los esclavos” (Aristóteles, 2005, 1334a 21). Cuando el famoso Catedrático prepara o explica sus clases de alta especulación filosófica y corrige trabajos de sus alumnos, no pasa de ser un Profesor, un asalariado que utiliza sus conocimientos como medio de vida para con ello satisfacer sus necesidades vitales. Cuando, tras ello, pretende ordenar sus reflexiones intentando aclarar sus conceptos, algo que seguramente no le proporcionará ningún beneficio económico, es ya –bueno o malo, mejor o peor– un filósofo.

Dicho sea de paso, no deja de ser paradójico que, un gobierno que explícitamente se opone a algunas de las políticas del gobierno norteamericano, así como a muchos de los valores e instituciones de la cultura norteamericana, termine por simpatizar con una visión pragmatista del mundo (de origen marcadamente norteamericano, emblemática en los escritos de William James). Pues, ‘pragmática’ es el mejor término para calificar la disposición y filosofía que guía al quehacer intelectual promovido por el actual gobierno venezolano, cuestión

que no debería eclipsar sus múltiples méritos. Partiendo desde el Ministerio de Ciencia y Tecnología, pero difundiéndose a la vasta mayoría de los organismos gubernamentales que regulan y apoyan la actividad intelectual (bien sean en la forma de premios a la investigación o financiamientos), persiste un dictado según el cual, la investigación, para ser digna de merecer apoyo, ha de cumplir con un criterio de ‘pertinencia social’. Allí donde Aristóteles consideraría ‘pertinente’ cualquier actividad que contribuya al enriquecimiento del saber por el amor al saber mismo, los promotores de la ‘pertinencia social’ en algunos sectores del gobierno venezolano consideran que *sólo es pertinente aquel conocimiento que permita resolver, en un contexto relativamente inmediato*, las necesidades sociales de la nación. De forma un tanto reprochable, se ha llevado a un extremo la frase de Marx, según la cual “los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo” (Marx, 2006), de forma tal que cualquier reflexión que no conduzca a una transformación inmediata del mundo no enteramente digna de ser cultivada.

Bajo este criterio, a medida que aumenta el nivel de abstracción, decrece el nivel de pertinencia. Siendo esto así, la filosofía, la más abstracta de todas las actividades intelectuales, tiene mucho de qué preocuparse, pues esta lógica conduce a una reducción de presupuestos para la actividad investigativa. Y, dentro de la filosofía, aquellos que se interesen por la metafísica, la disciplina que, como lo mencionó el estaragita, se ocupa del “ser en tanto ser” (Aristóteles, 1970, 1003a 21-25), es la más perjudicada de todas, pues su objeto de

reflexión es el más elevado posible en la escala de abstracción.

Bien podemos argumentar, junto a Comte, que la humanidad ha entrado en una nueva etapa que ha dejado atrás los estadios religiosos y metafísicos para entrar en un estadio positivo; de forma tal que la reflexión abstracta en extremo no merece ser cultivada. Pero, seguir a Comte en este aspecto sería emitir un juicio historiográfico gravemente equivocado, pues ha sido precisamente el cultivo de la reflexión abstracta y metafísica lo que nos permite gozar de la tecnología, curar enfermedades y, también, emprender actividades de ‘pertinencia social’. Aquel que solicite financiamiento gubernamental para adelantar una investigación sobre las categorías del ser o los cuatro tipos de causas tendrá mucho menos posibilidad de conseguirlo que aquel que se proponga elaborar un plan de intervención social en un determinado barrio. A este paso, en el siglo XXII el conocimiento abstracto que respalda la acción concreta habrá desaparecido, y las obras e investigaciones con ‘pertinencia social’ dejarán de ser efectivas.

La investigación no se aprende “desde afuera”

La segunda es la idea de que la investigación no se aprende “desde afuera”. Y en ella queremos detenernos algo más e insistir en que investigar es como patinar y montar en bicicleta: sólo intentándolo una y otra vez, a pesar de las caídas y los fracasos –seguramente gracias a ellos– es como se aprende. El que quiere aprender a nadar y el que quiere peces, ha de meterse al agua. Por lo

menos se le pegará el olor y sabor del mar, el olor y sabor de los peces. Es verdad: para saber qué es saber, hay que relacionar saber con sabor; y esto es algo más que un mero juego de palabras. Más que saber algo, saber *-sapere*, en latín– es saber a algo, tener sabor a. El sabio matemático es el que todo lo enfoca y resuelve desde el punto de vista matemático, el que rezuma Matemáticas, el que “sabe a Matemáticas”. Por eso el que quiera saber y tener sabor, ha de meterse en la Ciencia para impregnarse de ella y poder así saber a ella. Las reglas y normas que le dicten “desde fuera” le servirán de poco para adquirir la Ciencia. Y henos aquí con el tema de la Metodología.

Ante todo, queremos aclarar que cuando –en fuerza del uso del lenguaje– hablemos aquí de la Metodología, de ningún modo nos estamos refiriendo a “la” Metodología, sino –en todo caso– a “una” Metodología. Porque ¿acaso se puede establecer Metodología única para todas las disciplinas? Se podrá quizá establecer una Metodología en procesos físicos, que requerirá realizar precisas operaciones, en un determinado orden, tiempo, cantidad, etc. Pero esta –digamos– “mecanicidad” no puede ni exigirse ni aplicarse en todas las áreas del saber. Todas las disciplinas requieren de rigurosidad, y del mayor grado de rigurosidad; pero no todas tienen el *mismo tipo* de rigurosidad. Pero, además, incluso dentro de los límites de una misma disciplina, cada investigación precisa supone un acercamiento a la Verdad que requiere de procedimientos diferentes. Y sobre todo, y a esto vamos, cada investigador afrontaría un mismo problema desde enfoques, vertientes, intereses, modos, medi muy distinta de la de sus colegas o

“pares”, como se prefiere llamarlos últimamente. ¿Qué es, entonces, la Metodología?

Nos parece que ya su mismo nombre está sugiriendo que su hacer consiste en un rizar el rizo muy poco fructífero. Se suele decir que la Metodología es el camino para llegar a la Ciencia. Sin pretender una adecuación precisa y exacta entre los nombres y lo que nombran, hemos de conceder que, quienes los inventaron, pretendieron de algún modo describir con ellos a lo nombrado. Por eso llamaron “Patología” al Estudio de las enfermedades, “Cosmología” al Estudio del mundo, y “Metodología” al *logos* sobre el *métodos*, es decir, al Estudio del método para llegar a algo, en nuestro caso, a la Ciencia.

Pero resulta que, a su vez, el método –*methodos*, o *meta-odós*- es algo *meta* -“acerca de” o “en busca de”- el *odós*, el camino; digamos que una Teoría del camino. De modo que la Metodología (*logos meta odos*) nos resulta así un “Estudio de la teoría del camino”. Y un libro de Metodología, que nuestros alumnos deberían estudiar, o un Curso de Metodología que deberían aprobar, no sería otra cosa que un “Tratado del estudio de la teoría del camino”; o sea, un camino acerca del camino para encontrar el camino que nos lleva al camino que supuestamente nos llevaría a hallar la Verdad. Pero, obviamente, no un Tratado, estudio o teoría de la Ciencia o el Saber. Un Tratado, por otra parte, para cuyo aprendizaje, por definición, sería necesaria una nueva Metodología, ya que ésta la conciben como una Ciencia. Explicar cómo se adquiere la ciencia del camino sería explicar el método para adquirir un método. ¿Será necesario también un método para explicar el método de

adquirir un método?; ¿una Metametodología o Metodología de la Metodología? ¿Y así al infinito? Y estamos suponiendo que, al final, se trata del camino hacia la Ciencia; pero, ¿dónde queda ésta? Nos parece excesiva insistencia en el camino, olvidándose de la meta de éste, la Ciencia; peligro de quedarse en el camino, sin entrar nunca a la Ciencia; peligro de obtener especialistas en caminos. Como dice el dicho: “a medio mundo le gustan los perros; pero nadie sabe qué quiere decir ‘guau’”.

No importaría demasiado esto, si nos fijáramos en el sentido que la lengua castellana asignó a la palabra “camino”. Porque apenas aceptó palabras derivadas de la griega *odos*, de no ser en escasos neologismos (“odómetro”, por ejemplo, y otros pocos más). Del latín, tuvo para escoger *iter* y *via*; ésta, la calle o camino destinada a los carruajes; el *iter*, un canal estrecho para literas y peatones. Por más que todos ellos encierren las dos ideas de camino y de viaje, la lengua castellana parece haber preferido entre todos el término griego *káminos*, que los romanos convirtieron en *caminus*, y que propiamente significa el fogón para cocinar o calentarse. Y es que olvidamos con frecuencia que inicialmente el camino propiamente no era la vía, sino el final de ella, el hogar donde refocilarse y alimentarse tras la jornada; la vuelta al lar, a la chimenea, que marcaba –nótese bien– el fin de una jornada (o de un viaje). El *Diccionario de la Academia* recoge este sentido en lo que antiguamente se llamaba “caminada” o jornada de un día de los aguadores y jornaleros que, tras el trabajo, regresaban finalmente al fogón buscando un plato de sopa caliente.

De ahí que “camino” significó cada viaje del aguador o conductor de otras cosas. Resultaría mejor, por tanto, que convirtiéramos la Metodología en una Caminología; para poner de relieve el carácter teleológico que debe revestir; que no debemos poner el acento en la ruta, sino en aquello hacia donde se camina. Que, en definitiva, en este tema no nos interesa por dónde, sino a dónde. Que el metodólogo no debe ser especialista en caminos, empeñándose en quedar en ellos sin entrar al recinto de la Ciencia; por muy poético que pueda resultar el saber a camino y a sus flores y pájaros, pero sin haber adquirido el sabor de la Ciencia, a cuyas puertas se queda siempre. *Via perpetua!!!*, decía la maldición de los romanos, deseando a su enemigo que nunca llegase al término de su viaje, que siempre se quedara de viaje, vagando, en el camino. Esta maldición tiene un equivalente en el contexto bíblico, ligeramente anterior al latino. La terrible maldición a Caín no es más que un transcurrir perpetuo sin destino final: “Vagabundo y errante serás en la tierra” (Génesis 4: 12).

Si la Filosofía es la búsqueda de la Ciencia, no le interesa una Metodología concebida meramente como un tratado acerca del camino. Quien busca, no pone su interés en el camino, sino en lo buscado; quizá esté siempre en camino, pero sin anclarse en éste.

Platón y Aristóteles coinciden en sostener que la admiración es el comienzo de toda filosofía y de todo Saber. “La admiración es lo propio del filósofo, y la filosofía comienza por la admiración”, dice el primero (Platón, 1980, 155 D); y Aristóteles: “Los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración” (Aristóteles, 1970, 982b

12-13). Una admiración que podrá producir estupor y pasmo en un principio; pero un estupor que espoleará en su búsqueda al investigador estupefacto, al verdadero investigador que ignora, pero que no se resigna a ignorar. Quedarse en el camino, en la preparación de la Sabiduría es quedarse sin Sabiduría; queriendo meramente preparar la admiración, se corre el peligro de que el estupor cause inmovilidad en el camino y se convierta en estupidez.

El Profesor que pretende que la Universidad le reconozca su investigación, y el alumno que intenta elaborar su Tesis de Grado, han de pasar por las horcas caudinas de aprobar inevitablemente un examen previo. Pero ¿se justifica gastar energías en organizar el camino que fundamentalmente no interesa y que finalmente habrá de abandonarse? ¿Se justifica atormentar y demorar al investigador en la sesuda redacción de eso que se llama “Anteproyecto” y que mejor podría llamarse la “Simonía de la investigación”, para que se le conceda (!) vía libre a su investigación? Es requisito imprescindible; porque para investigar y para aprender a investigar se supone que es necesaria “la” Metodología. ¿Se imaginan a Einstein haciendo antesala, esperando el veredicto de un su Anteproyecto? Mientras se atusa el bigote, seguramente recordaría cómo a él –según dicen– sus “superiores” le reprobaron en Matemáticas; o cómo sus “pares” reprobaban sus respectivas investigaciones a Galileo y a Pasteur. Afortunadamente para nosotros, Luis Daguerre no tuvo que presentar a nadie un Anteproyecto de su daguerrotipo –ni su correspondiente “Informe de Avance” a medio hilvanar su invento–, gracias al cual podemos conservar hoy recuerdos de Congresos de Investigación y de otros eventos.

Pareciera más importante aparecer con un “buen” Anteproyecto, que ser investigador. Pareciera más importante este Anteproyecto que la culminación de la investigación; se piden más requisitos para aprobar el primero, que para demostrar la segunda. La apariencia, como que renta más.

Requerir que el investigador justifique su Proyecto ¿no es considerarlo en minoría de edad intelectual? Ha de justificar el *por qué* de emprenderlo; ¿no sería suficiente, como respuesta, repreguntar *por qué no hacerlo*? ¿Tendrá que ser importante para el severo censor, no bastando que interese al censurado? ¿Quién es el censor para autoproclamarse dispensador del derecho a investigar? ¿Quién es el censor para dictar las llamadas “líneas de investigación” a las que deba someterse el investigador? ¿Cuál es la razón intrínseca para que una investigación tenga que estar incluida en una de tales líneas? ¿Qué le hace al censor calificador de la importancia de un tema? ¿No es suficiente que interese al investigador para que sea interesante? O ¿es que no es interesante que la gente se ponga a investigar? ¿No será que se obliga a hablar de la importancia, porque no se cree en ella? ¿Será que el censor no está convencido de la importancia del investigar? ¿Que se cree tan superior como para pensar que los demás no son capaces de ello? Si la Filosofía es *búsqueda* de la verdad, ¿no se justifica *cualquier* búsqueda de la verdad, o la búsqueda de *cualquier* aspecto de la verdad? A fin de cuentas, como dijo Séneca, “nunca descubriríamos, si nos contentásemos con lo descubierto” (Séneca, 1995, 33, 10).

Así como lo móvil o *mobilis* es lo *movibilis* o movable, lo fácil o *facilis* es lo *factibilis* o factible.

Requerir, por tanto, factibilidad en un Proyecto no es otra cosa que requerir que éste resulte fácil al investigador; fácil –es decir, factible–, que no fácilón; pues puede ser factible y fácil aunque suponga dificultad y esfuerzo. Para demostrar su factibilidad ¿no será suficiente la decisión del investigador, por más que peque de osadía, de decir “¡yo puedo!”? ¿O preferiremos el fulanismo al personalismo de quien se arriesga a descubrir lo investigativo, aunque sea a costa de tener que recorrer un laberíntico camino? ¿Será preferible obligar a que siga ignorando quien no se resigna a ignorar? ¿Será suficiente que el tema interese a quien lo desarrollará, o será imprescindible que interese a quien quizá nunca se lo planteó? ¿Tendrá éste que advertir al ingenuo pretendiente acerca de la dificultad de la empresa que pretende, o tenía razón Terencio cuando advertía que “nada hay tan difícil que no pueda encontrarse buscándolo” (Terencio, 2001, 675)? Muy seguramente tenía razón Séneca –de nuevo– al decir que “no es que no intentemos muchas cosas porque son difíciles, sino que son difíciles porque no las intentamos” (Séneca, 1995, 104, 26). El censor, desde la torre de su castillo condal, piensa que la investigación es tarea ardua para el pueblo llano. Olvidando lo que éste sabe de sobra: no que es difícil, sino que sólo exige esfuerzo y trabajo. En todo caso, Einstein, Galileo y Pasteur, como no sabían que era imposible, lo hicieron.

Someterse a un método, regla o Metodología puede matar la acuciosidad, la osadía, la iniciativa. Hasta el encuentro por azar; si es que hay azar en la investigación, pues eso que se llama azar no es sino consecuencia de buscar en el lugar correcto,

de tener un soporte científico; alguien dirá que Colón fue un mal Almirante que llegó a América por azar; pero sólo pudo hacerlo porque estaba convencido de la esfericidad de la tierra. El método quizá hasta podrá matar la originalidad, tan exigida en toda investigación, cuando el camino está tan marcado, regulado y normado por el método. A despecho de toda la tradición filosófica que se empeñó en delimitar, precisar y definir conceptos, Unamuno decía que él prefería no definir, sino confundir, inquietar a sus oyentes; para estimular en ellos el interés por su propia búsqueda de la verdad. Muchas veces es preferible soltar un tanto la rienda a la imaginación, arriesgarse, inventar caminos. Y estimular la sagacidad para descubrir e intuir lo significativo.

Se parte de la tesis cuasi-axiomática de que toda Tesis necesariamente ha de comenzar por establecer una hipótesis. ¿Cuál será la hipótesis de quien desempolva un texto de siglos pasados, desconocido en la Academia de hoy, para proporcionar a ésta un análisis o estudio de su autor? ¿Se puede realmente establecer una hipótesis como conjetura provisional acerca de algo, sin haber realizado el estudio de ese algo? Exigir la inclusión de unas Conclusiones de la investigación ¿no es exigir que se imponga al lector una determinada interpretación del trabajo? En el mejor de los casos ¿no es insultante para el lector considerarle incapaz de sacar por sí mismo las conclusiones de la investigación? El capítulo del Cronograma se convierte en la canonización de las mentiras universitarias oficiales: nadie querrá ser censurado como investigador indolente, por lo que fijará límites cronológicos bien amplios para su

investigación. Quiriendo estimular la diligencia, el Cronograma obtiene todo lo contrario. Por otra parte, éste pretende además cualidades de profeta en el investigador, al exigirle precisar con antelación no sólo la duración de una investigación, sino la de las posibles ampliaciones, dificultades, trabas y retrasos que el mismo desarrollo de la investigación pueda ocasionar.

Sería mejor y suficiente insistir en que el investigador pusiera en práctica su mente crítica; hipercrítica, incluso. Una mente imparcial y objetiva, libre de los *idola mentis* contra los que nos prevenía Francis Bacon, que la convertirían a modo de prisma que distorsiona los rayos de luz (Bacon, 1961, Aph. XXXIX-XLIV); una mente incapaz de forjar o alterar datos; aceptando sólo lo probado, pero sin despreciar intuiciones y sospechas; sabiendo discernir lo esencial de lo accidental, pero sin prescindir de aquellos detalles aparentemente accidentales; no suponiendo nunca que se sabe, con capacidad de llevar sus “¿por qué?” al infinito; aventurándose con osadía ante los obstáculos; con sagacidad para intuir y descubrir lo significativo; con creatividad, iniciativa y curiosidad constantes; con una utilización precisa del lenguaje, herramienta principal y distintiva del animal racional o hablante, y vehículo imprescindible de la investigación llevada a cabo. “El hombre es el único animal que tiene palabra... la palabra es para manifestar lo conveniente y lo dañoso, lo justo y lo injusto, y es lo exclusivo del hombre frente a los demás animales” (Aristóteles, 2005, 1253a 10 y 14-16; cfr. ID., 1994, 1170b 11ss.).

No se nos entienda mal: el método, en cualquier actividad humana, es necesario. Aquellos que

se visten primero y se bañan después, o incluso que anteceden el postre al aperitivo, han sido catalogados, como mínimo, de excéntricos, y más comúnmente, de locos. La investigación filosófica, en tanto actividad humana, no escapa a este imperativo. Investigar en filosofía es un proceso que se inicia con el pensamiento, de ahí a la palabra, y finalmente a la hoja. Dicha cronología supone un método, y en modo alguno pretendemos prescindir de ello. Trágicamente, muchos de nuestros más ilustres metodólogos han obviado este método tan elemental, apresurándose a escribir ideas sin haberlas pensado.

El pensamiento supone unas reglas, en buena medida basadas en patrones secuenciales, y para ello contamos con la lógica. De la misma manera en que el método más elemental supone que debemos desvestirnos antes de bañarnos, la lógica supone un método del correcto pensar acorde a principios análogos: todo hombre es mortal, pero no todo mortal es hombre. De manera tal que si la investigación filosófica requiere del empleo de la lógica, necesariamente apelamos al método.

Una vez que hemos ordenado nuestro pensamiento, debemos ordenar nuestro lenguaje, y para ello, una vez más necesitamos de un método. De ello se encargará la semántica. Entre nuestros metodólogos no nos sorprenderemos de encontrar la violación de la más elemental secuencia de sujeto, verbo y predicado, pero asumamos que los investigadores en filosofía la cumplen de forma general. De nuevo, aparece la exigencia metódica.

Con palabras y frases armadas, nos corresponde armar el discurso entero para persuadir. Agradecemos esto a la Retórica. No podemos

concluir sin antes introducir, no podemos comparar sin antes presentar los términos, no podemos dirigirnos a una audiencia sin antes conocer un poco sobre ella. Una vez más, el método se divisa frente a nosotros.

Si Aristóteles fuese un ‘asesor metodológico’ que cobra honorarios, como abundan hoy en nuestras universidades venezolanas, sería más rico que Bill Gates. Pues, buena parte de los tratados más importantes de su inmensa obra son, precisamente, una exhortación e instrucción sobre cómo seguir los métodos más elementales de la investigación filosófica. Y, es precisamente por su ‘metodología’, muy por encima de sus ‘contenidos’, por los que Aristóteles es mejor recordado hoy. El estaragita justificó la esclavitud, consideró a la mujer inferior y se equivocó gravemente en nociones astronómicas, pero tiene el mérito de haber enseñado claramente dos cosas: cómo pensar, y cómo persuadir. Su lógica y su retórica, si bien pueden estar superadas hoy, siguen siendo los fundamentos de buena parte de la investigación filosófica.

Los tratados de lógica y retórica constituyen quizás las obras más importantes de Aristóteles. Bien podríamos argumentar: si el Filósofo dedicó tanto a las ‘metodologías’, con justa razón nosotros también debemos hacerlo; si Aristóteles habló tanto de silogismos, inferencias, suposiciones, *topoi* y entimemas, nosotros legítimamente podemos hablar de ‘marcos teóricos’, ‘hipótesis’ y ‘justificaciones’.

Pero, nuestros metodólogos carecen de la humildad que, contrario a las apariencias, suele caracterizar a las grandes mentes como Aristó-

teles. Pues, si bien Aristóteles dedicó tanto a los 'métodos' de la lógica y la retórica, nunca dejó de advertir lo que precisamente eran: meros métodos. Sus tratados de lógica están agrupados bajo la colección titulada el *Organon*; a saber, el instrumento. Pues, la lógica nunca es una ciencia en sí misma, sino un *instrumento auxiliar de las otras*. Lo mismo nos dice de la retórica: "la retórica no pertenece a ningún género definido, sino que es como la dialéctica" (Aristóteles, 1998, 1355b 8-9). En palabras de un intérprete de Aristóteles, "ni la una [retórica] ni la otra [dialéctica] son ciencias con un contenido propio, sino que ambas son un instrumento para tratar de otras cuestiones" (Bernabe, 1998: 19).

Como nuestros metodólogos, Aristóteles dedica extensa atención a los métodos. Pero, a diferencia de los metodólogos, está dispuesto a reconocer que sus estudios no son ciencias propiamente, sino más bien sus auxiliares. ¿Qué clase de hombre está dispuesto a dejar de ser el caballero andante y preferir ser el escudero? Sólo genios como Aristóteles. Al menos para el caso de sus tratados de lógica y retórica, podemos señalar con bastante seguridad que Aristóteles nunca aceptaría un premio de reconocimiento a la labor científica, pues sus tratados no son más que *instrumentos*, mucho más que ciencias propiamente.

No hay duda, entonces, que el método es necesario para la investigación filosófica. Pero, si hemos de seguir a Aristóteles, el método es precisamente un *instrumento* y no una ciencia propiamente. Si entendemos 'metodología' como el conocimiento (*logos*) del método, corremos el riesgo de incurrir en un oximoron: el método no puede ser

conocido con la profundidad que supone el *logos*, pues no es una materia científica por sí sola, sino un instrumento que sirve a la ciencia. El método es necesario para investigar en filosofía, pero nunca es digno de un estudio autónomo. Nunca se debe perder de vista que es un *instrumento auxiliar*, nunca una materia científica por sí sola.

Nadie puede bañarse vestido. Pero, ante un hecho tan evidente, ¿es necesario detenerse todas las mañanas a reflexionar sobre la importancia de desvestirse antes de bañarse? La psicología no dudará en ofrecernos un diagnóstico para quien siga estas rutinas: neurosis. Reflexionar sobre la importancia de desvestirse antes de bañarse despojará de tiempos y energías para reflexionar sobre cosas más importantes en la vida. Las neurosis empobrecen el espíritu humano. En el momento en que las actividades que deberían ser mecánicas dejan de serlo, aparece la neurosis. Peor aún, las actividades que deberían ser mecánicas, si se piensan demasiado, pueden volverse torpes. Si en nuestras conversaciones mentales, seguimos una secuencia como ésta: "frena, acelera, activa la señal de cruce, verifica los espejos, etc.", nuestras probabilidades de chocar el automóvil que conducimos serán más altas. Si, por el contrario, nuestros hábitos han sido lo suficientemente fortalecidos como para seguir un método *de forma mecánica y no reflexiva*, nuestro desempeño como conductor será mejor.

Extendamos la analogía a la investigación filosófica. Nadie duda de que el método de investigación, como el del baño, sea crucial. Pero, ¿ame-rita reflexionar sobre ello con el mismo tesón con que debemos reflexionar sobre la ética, la política,

la metafísica y las demás áreas convencionales de la investigación filosófica? Así como la neurosis perjudica el sano estilo de vida, obsesionada con métodos y rutinas, ¿no perjudica la calidad de las investigaciones filosóficas la insistencia que nuestras universidades venezolanas mantienen con respecto al recto seguimiento del método?

Con mucho lamento informamos que la mayor parte de los programas curriculares de las carreras universitarias venezolanas carecen de cursos de lógica o retórica. No así de cursos de metodología: virtualmente todas las carreras universitarias incorporan más de uno. En los estudios de filosofía, afortunadamente, se siguen dictando cursos de lógica, de considerable extensión. Y, si la lógica es un instrumento, entonces nuestro argumento anterior corre el riesgo de ser falaz y contradictorio, pues aplaudimos la extensa dedicación al estudio de un instrumento, y no una ciencia. Pero, a decir verdad, en aquellas carreras donde la lógica se estudia con cierta extensión, siempre termina siendo eclipsada por la ‘metodología’.

Se podrá objetar que si la lógica es, como la retórica, un instrumento, un método para pensar y persuadir, respectivamente, entonces, ¿por qué aplaudir la enseñanza de la lógica, y no de la metodología? La metodología sería, en todo caso, un concepto genérico que cubre no sólo a la lógica y a la retórica, sino a todos los demás instrumentos necesarios para investigar. Ante esta objeción, debemos reconocer, con cierta cautela, que si la lógica y la retórica son dignas de atención y enseñanza, entonces también lo es la metodología de forma genérica.

Pero, es menester que nos preguntemos:

¿qué es lo que se enseña en ‘metodología’? Una revisión de cualquier texto popularmente empleado en cursos de metodología revelará la superficialidad de sus contenidos: fichas, formato y número de letras, modos de referencia bibliográfica, etc. ¿Se requiere de un gran esfuerzo intelectual para darle cumplimiento a estas pautas? ¿De qué sirve emplear perfectamente bien un sistema de citas, si se incurren en contradicciones lógicas, en frases con sintaxis defectuosa, en sofismas? Más aún, los investigadores en filosofía estamos dispuestos a perdonar los graves errores ‘metodológicos’ de una mente como Aristóteles: sus citas a Homero y tantos otros poetas nunca son referenciadas. De seguro, cualquier trabajo de tesis de grado de Aristóteles sería rechazado por nuestros jurados y asesores metodológicos, cuyo razonamiento se aproximaría a ser el siguiente: no importa que el estaragita haya sentado las bases de la Filosofía en Occidente; si no cumplió con los requisitos metodológicos, deberá ser reprobado.

Lejos de ser un anacronismo o una caricatura, es ésta la actitud que prevalece en muchas defensas de tesis, evaluación de proyectos y asignación de premios en las instituciones académicas venezolanas. La metodología científica ha venido a convertirse en un gigantesco aparato burocrático cultivado por una cultura administrativa y política que, desde la administración centralista en la lejana metrópolis en tiempos coloniales, ha encontrado cierto goce en la rígida mentalidad que no permite desviaciones de los procedimientos administrativos.

Se suele entender ‘burocracia’ como un término predominantemente peyorativo, cuestión

que no deja de ser lamentable. El más importante teórico de la burocracia, Max Weber (1991), señaló con bastante claridad la función que un aparato burocrático desempeña en una sociedad, y su vital importancia para el mantenimiento de una sociedad moderna a gran escala. El objetivo primordial de la burocracia es despersonalizar las relaciones administrativas a fin de lograr mayor eficiencia en las actividades productivas del hombre. Con la burocracia, se espera que desaparezcan favoritismos, corrupciones y nepotismos a favor de una creciente meritocracia que premia en función de criterios objetivos contenidos en parámetros formales.

Para lograr esta despersonalización de las relaciones administrativas, la burocracia depende de procedimientos escritos (*bureau*, escritorio) que, inevitablemente, busca unificar criterios para permitir un mayor alcance. Este aspecto de la burocracia funciona de manera análoga a los procesos de canonización en la literatura religiosa, y al establecimiento de reglas formales en las gramáticas de diferentes idiomas. En este sentido, los teóricos de la burocracia aspiran a que esta forma de organización social alcance todas las esferas públicas, incluyendo a los sectores académicos; de forma tal que una institución que asigna oportunidades en función de méritos y criterios objetivos debe tener un mínimo de burocracia, pues el mismo lenguaje supone un mínimo de reglas para lograr la comunicación.

Ahora bien, el mismo Max Weber advirtió el latente peligro de que una sociedad abuse de la burocracia. Como Aristóteles, Weber consideró que la burocracia era un mero instrumento, un medio

para llegar a un fin, jamás un fin en sí mismo. A juicio de Weber, las civilizaciones más corruptas han sido aquellas en las que ha surgido una elite de burócratas que cada vez hacen más rígidas las pautas que se les ha encomendado velar. Lo que en un inicio se ideó como un instrumento para alcanzar la eficiencia, fácilmente puede terminar por convertirse en el principal obstáculo a las acciones eficientes.

Vale rescatar esta reflexión weberiana para advertir sobre los peligros de la metodología en la investigación científica y filosófica en las universidades venezolanas. Si el rigor metodológico es, a fin de cuentas, un aparato burocrático que vela por la uniformidad de criterios y la correcta aplicación de determinados parámetros, en principio esto es loable, pues sirve de instrumento que complementa la eficiencia en la actividad científica. Pero, en el momento en que el segmento burócrata crece de forma desmedida; éste se vuelve más rígido, y el medio se convierte en un fin: mientras que un inicio, la unificación de criterios era un mero instrumento para facilitar el camino al producto final, en una universidad sobre-burocratizada, se convierte en su principal obstáculo. Así, no es mera caricatura relatar que, en varias discusiones de tesis en nuestras universidades, se dedique más tiempo y atención a los centímetros de un margen o al tipo de letra empleado (¡cuestión que hemos presenciado!), que a los mismos contenidos del trabajo en cuestión.

Max Weber pasa por ser uno de los más grandes críticos de la sociedad moderna, precisamente en función de su insistente advertencia sobre la corrupción del aparato burocrático. Des-

afortunadamente, la universidad venezolana es uno de los espacios en los que más se desarrolla esta tendencia, no sólo por sus tortuosos procedimientos administrativos, sino peor aún, en el seno de sus actividades académicas.

No hay camino

El mejor metodólogo que hemos encontrado fue lo más contrario a quien se somete a métodos. No era metodólogo, ni filósofo, ni científico, en el sentido común de estos términos. Fue un poeta; pero sabía a dónde iba. Escribió la mejor Metodología que hemos visto. Y la más breve. En dos versos, que escasamente llenan una línea. Dijo así:

“Caminante, no hay camino; se hace el camino al andar”

(Machado, 2002, XXIX).

No hay camino. La investigación es más búsqueda que camino. El ser mismo del hombre es búsqueda. Una de las páginas más lapidarias sobre lo que es el ser, es el llamado *Poema* de Parménides. En él, el *eléata*, para referirse al ser, no sólo utiliza la expresión “ser” (*einai, esti*), sino también *pélein* y *pelénai* (la raíz de “impeler”, “impulsar”) (Parménides, 1979, Fr. 8, lín. 11, 18 y 45), como queriendo dar a entender que se trata de un ser en acto, pero un “ser en acto impelente”, “ser en impulso” constante y esencial, ser en tensión hacia. Lo único que es, es lo que *esti*, lo que es. Por eso el ser es siempre; no tiene pasado ni futuro, que no son. El ser es en un presente perpetuo. Pero es así, porque su ser constante y esencial consiste en ser en impulso hacia el futuro; al que nunca llegará, porque dejaría de ser; pero gracias a lo cual puede

seguir siendo en presente. Por eso el hombre no es tanto lo que es, sino lo que pretende ser, lo que se proyecta ser; el verdadero humano se “inventa” a sí mismo, proyectando su vida como el camino que va a recorrer.

Algo similar sucede en la investigación, actividad racional, distintiva del hombre. La investigación –decíamos- es más búsqueda que camino. Este no tiene otro sentido que el de medio para conseguir la meta. Esta es el *káminos*. En eso de *camino hacia*, el acento debemos ponerlo no en el *camino*, sino en el *hacia*. Porque el que camina, lo hace porque busca algo, y es lo que busca lo que le hace estar en camino. Camina precisamente para no quedarse en el camino, para dejarlo; quizá hasta para olvidarlo. Junto a la vía romana, construida para el paso de carruajes y carretas, corría el *iter*, más que un camino, una estrecha vía tubular. Por ese estrecho conducto o canal eran conducidas y canalizadas literas, jinetes y peatones, que debían ir por él, sin salirse del marcado *itinerario* de sus escasos dos pies de anchura.

Pero el camino hacia el saber no puede estar marcado; no puede tener método establecido. Para él no hay itinerarios. Ni trayectorias; éstas sólo sirven para trayectos, recorridos cortos que se quedan sin meta o con metas reducidas. Itinerarios y trayectorias sólo servirán para llegar a las metas que otros trazaron; y podrán señalar caminos expeditos y comprobados; pero que sólo llegan a metas que ya fueron alcanzadas. El camino hacia el Saber no puede estar marcado. Si alguien tiene algo que decir, nadie mejor que él mismo sabrá cómo decirlo. Sólo lo que yo recorro es “mi” camino, que se hace al andar y que se abandona a

cada paso: “Caminante: son tus huellas el camino, y nada más”. Tanto se abandona, que terminada la jornada, se cumple con ella el camino; la siguiente, será una nueva; y un nuevo camino también:

“al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar...
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar”.

Estelas que, al momento de dejarlas, se borran ya. Porque el camino no tiene sentido sino como mero medio; andamio que, una vez levantado el edificio, se desecha.

Sin reglas, pues, preestablecidas. Porque ¿es que no resulta ofensivo para la capacidad de un tesista medianamente dotado de neuronas, que algún Reglamento Universitario de Tesis disponga que los datos de la Cubierta de éstas “deberán distribuirse de manera armónica” (Consejo Universitario de LUZ, 2004, Art. 13, § 2); que las páginas que contengan ilustraciones, si han de ser mayores que el usual tamaño carta, “deberán ser plegados” y no dejarse que sobresalgan de la encuadernación (Consejo Universitario de LUZ, Art. 50); o que su Informe de Investigación “se registrará... por las normas de ortografía dictadas por la Real Academia de la Lengua Española” (Consejo Universitario de LUZ., Art. 49)? Sólo hay una regla ligada a los procesos vitales, y apenas sirve por unos días. Todas las demás reglas precisan, cohíben, constriñen, limitan y empecen. Si es que no rayan en lo afrentoso.

¿Reglas? Imponer reglas está bien para conseguir la utilidad; para, por ejemplo, enseñar o aprender una *asignatura*: lo asignado de ante-

mano; pero no para la búsqueda de la Sabiduría. (Merece hacer una breve aclaratoria que exculpe a uno de los padres fundadores de la sociología, Emile Durkheim, pues el título de uno de sus libros más importantes, *Las reglas del método sociológico* (1989), podría ser fácilmente confundido con la rígida mentalidad reglamentaria que denunciamos. Durkheim adelantó una serie de reglas para desarrollar la investigación sociológica, pero, afortunadamente, estas reglas tienen la suficiente abstracción como para no perderse en la inmediatez burocrática que se encierra en requisitos intrascendentes. Las ‘reglas’ de Durkheim vienen a ser más bien principios epistemológicos que orientan al sociólogo y lo previenen de cometer errores subjetivistas y ciertos tipos de falacias. Desafortunadamente, el uso de los términos ‘regla’ y ‘método’, originalmente acuñados por Durkheim, se ha dirigido en la dirección que denunciamos).

Obligar a trabajar sometiendo a reglas iguales para todo y para todos podrá dar como resultado individuos muy trabajadores, cierto. Pero es mejor no llegar a obtener mente de abejas, y no convertir la Academia en colmena. Abejas: animales que no hacen sino trabajar, pero irracionalmente; que no paran de trabajar, pero sin detenerse a pensar si lo que son obligados a hacer es provechoso o no, y aun dando por supuesto que es lo mejor para ellos; que lo único que son capaces de pensar es en que no tienen que pensar; sin la responsabilidad de autoproyectarse; comportándose ante las reglas que les dan, más que con docilidad, con borreguismo. *Magister dixit!* Por no hablar de los zánganos, animales que ni

engendran ni producen.

Respeto por las reglas y las normas, sí. Pero por las que para sí mismo se autoimpone cada uno. ¿Quién podrá creerse capaz de autoconferirse el derecho de imponer esas reglas a otros? ¿Quién es ese Superman o superhombre, o sea no humano, o sea inhumano? Si se recela de dejar libertad para que el investigador piense por sí solo y se exprese a su modo, es porque no se valora la libertad de pensamiento y de expresión. Si se da más importancia al andamio que al edificio, se corre el riesgo de que al final, al quitar el andamio, el edificio se nos venga al suelo. Por eso, la única regla útil en la investigación habría de ser no tener reglas e ir siempre con la mente abierta y avizorando. Con la lanza siempre en ristre, como Don Quijote. Probando todo, aun a riesgo de tener que corregir. Sabiendo batallar con gigantes si es preciso, para descubrir los molinos; y enamorar las Aldonzas al ajillo que se presenten. Sometimiento a otras reglas y normas “externas”, más que ético, resulta aquí patético.

La linterna de la experiencia sólo alumbraba a quien la lleva. No se repiten los caminos. Sólo el *iter*, vía marcada y regulada, es iterable; por eso no merece la pena invertir demasiado esfuerzo en un camino que no sabemos si se volverá a utilizar. Cada quién ha de hacerse el suyo; y se hace al andar; por mucho que cueste; en laboriosa labor “golpe a golpe y verso a verso”. Sin reglas; es inútil un código de circulación en una ruta que, a la postre, se transita en soledad. No hay *vademecum* para ese camino; no hay reglas que no sean las propias, en ese camino en soledad. Por eso, en todo caso, la labor del metodólogo debería insistir en que sus alumnos lleguen a formular y se impongan

sus propias reglas, únicas que a ellos les serán útiles; y, más que dar normas y reglas, dar ejemplo, algo –según dice Séneca– mucho más eficaz: “el camino es largo a través de los preceptos; breve y eficaz a través de los ejemplos” (Séneca, 1995: 6, 5). La labor del Tutor ha de reducirse a reducir su propio paso y saber acompañar los de otros, quizá menos rápidos.

Porque hacia el Saber no hay un único camino para todos; no hay Metodología como “la” ciencia –única ciencia– del camino, pues todos los caminos son distintos, según áreas, disciplinas, temas y caminantes; no todos van al mismo sitio, ni por el mismo derrotero. Depende de si se pretende llegar a casa, a la ciudad, al campo, al río, a la montaña, al desierto o al glaciar. Hasta podríamos preguntarnos qué clase de ciencia es la ciencia de un camino que no existe y que sólo se hace al andar. Por otro lado, la ingeniería de su trazado nos indicará cómo habrá de ir equipado el atleta y el más bien débil (que también tiene derecho), el que la recorre en fatigosas etapas o en alegre disfrute de ellas, por necesidad o en disfrute de algo deseado, como primera búsqueda o tras larga experiencia. Sin métodos impuestos desde fuera, sino camino que se hace al andar, trazado por el propio investigador, por la experiencia propia de sortear los obstáculos –los que realmente suponen obstáculos *para este* investigador–, con las técnicas, ritmo, instrumentos que son más apropiados a ese investigador, a esa ruta y a esos obstáculos: *Unusquisque sua noverit ire via* (“cada uno sabrá cómo transitar su camino”) que diría Propercio (1989, II, XXV, 38). O, para decirlo en roman paladino, “cada maestrillo tiene su librillo”. Unamuno

(1966: 948-949) nos previene de esto:

“¡Nada de plan previo, que no eres edificio!...
¿Fijarte un camino? El espacio que recorras
será tu camino... Eso de ser hombre de meta
y propósito fijos no es más que ser como los
demás nos imaginan, sujetar nuestra realidad
a su apariencia en las ajenas mentes. No si-
gas, pues, los senderos que a cordel trazaron
ellos; ve haciéndote el tuyo a campo traviesa,
con tus propios pies, pisando sus sementeras,
si es preciso...

No son esperanzas ajenas las que tienes que
colmar... ¿Qué así no vas a ninguna parte, te
dicen? Adondequiera que vayas a dar será
tu todo, y no la parte que ellos te señalen.
¿Qué no te entienden? Pues que te estudien
o que te dejen; no has de rebajar tu alma a
sus entendederas... Si la fórmula de tu indi-
vidualidad es complicada, no vayas a simpli-
ficarla para que entre en su álgebra; más te
vale ser cantidad irracional, que guarismo
de su cuenta.

Tendrás que soportar mucho, porque nada
irrita al jacobino tanto como el que alguien
se le escape de sus casillas; acaba por cobrar
odio al que no se pliega a sus clasificaciones,
diputándole de loco o de hipócrita”.

Cuidemos de no convertir nuestro camino
en una vía férrea; muy rápida, pero con peligro de
descarrilar; o –quizá peor– de encarrilar al Saber.
Prefiramos más bien una vía láctea; imprecisa y
difusa, quizá; pero luminosa y con la suficiente
amplitud para ser capaz, durante siglos, de guiar
al peregrino, por muy diversas rutas, al sepulcro
del Apóstol Santiago, sin importar de cuán lejos
hubiere partido. Caminando, hacia el *káminos*. No
como ejército sin voluntad, por el camino que le

trazan. No como marchante del Saber. En el cami-
no, sólo se está de paso; sin anclarse en él; como
viajeros y no como camineros, peones de obras
de camino. No sea que convirtamos al caminante
en caminadora.

En todo caso, si para nuestro caminar
decidimos echar mano de la ayuda de *una* Me-
todología, que sea sólo eso: una ayuda, y no una
camisa de fuerza.

El escrito que citábamos al comienzo de esta
intervención, terminaba con la pregunta de si el
método de investigar era en realidad un *metho-
dus* –un método o camino- o un *methodium*, un
sainete. Ahora creemos que la disyuntiva estaba
equivocada; y que la cosa es más seria y no va de
sainetes. Porque creemos que, si no ubicamos a
la Metodología en su justo lugar, su influencia en
nuestras investigaciones más que en método o
sainete, *methodus* o *methodium*, corre el peligro de
convertírse en una *methodeia*: una asechanza,
un cerco.

Aprender de la religión

En el imaginario religioso de muchas cul-
turas, la religión suele ser concebida como un
camino. Ya hemos mencionado el ejemplo del
peregrino que marcha hacia la tumba del Apóstol
Santiago, pero ése es apenas un ejemplo entre mu-
chísimos otros. Las religiones con un alto grado de
reflexión filosófica o ética por lo general se apoyan
en la imaginaria de un camino a través del cual el
religioso transcurre para llegar a lo Absoluto. Si
bien en las religiones de Occidente este camino
es representado no sólo en el rito del peregrinaje,

sino también en la mística, es menos explícito que en aquellos sistemas religiosos en los que formalmente se llama 'vía' a la religión.

Es éste el caso del taoísmo. Se suele traducir 'tao' como 'la vía' o 'el camino'. Ni el taoísmo ni la religión china en general tienen un concepto de 'Dios' como el de nosotros los occidentales, pero el taoísmo se presenta a sí mismo como una doctrina que, si es seguida, puede conducir por senderos hacia un estado espiritual más elevado. Ahora bien, no deja de resultar extraño el hecho de que, mientras que, a diferencia de las religiones occidentales, el taoísmo explícitamente alude a un 'camino' para llegar a Dios, las directrices de este camino son bastante vagas si se comparan con el alto grado de institucionalización y canonización que caracteriza a la religión monoteísta occidental.

Si bien el taoísmo gozó de cierta institucionalización en diversos períodos de la historia china, nunca se propuso (o al menos no logró) establecer rígidamente 'el camino'. En concordancia con la religiosidad oriental general, el taoísmo es mucho más relativista que la religión occidental: permite pluralidad de 'caminos', pues muchos de ellos pueden desembocar en el mismo lugar. Si bien el tao es una 'vía', ésta, como en el poema que hemos citado más arriba, se va 'haciendo'.

El otro sistema religioso que concibe una 'vía' con un término formal y explícito es el Islam. *Shariah*, término árabe que, de una forma no del todo correcta, habitualmente se traduce como 'derecho islámico', designa el 'camino' por el cual ha de transcurrir el musulmán para llegar a Dios. A diferencia del taoísmo, el Islam es minucioso

respecto a cuáles son los ritos y acciones que se deben seguir diariamente para dar pleno cumplimiento a los dictados religiosos.

No pretendemos minusvalorar los innegables logros de la civilización islámica. Pero, si hemos de emplear al taoísmo y al Islam como alegorías para representar las actitudes respecto al papel de la metodología como 'camino' hacia la ciencia, de seguro desearíamos ser más taoístas que musulmanes. No en vano, uno de los aspectos que más motivan la apostasía en el Islam es, precisamente, la vanidad del ritualismo exagerado. Para muchos apóstatas del Islam, Dios se ha perdido en el horizonte, y no ha quedado más que el rígido camino que, a la larga, se convierte en obstáculo para la satisfacción espiritual (Ibn Warraq, 2003).

No faltan voces críticas en el seno del Islam que protestan en contra de este desplazamiento del lugar de llegada por el camino. Por desgracia, estas voces no han logrado colocarse por encima de la vasta mayoría de *ulemas* que vela por el recto cumplimiento de la *Shariah* en el mundo musulmán. Pero, los musulmanes que pretendan 'hacer el camino' no han de lamentarse, pues sus dos religiones hermanas, a saber, el judaísmo y el cristianismo, también se han mostrado rígidas respecto al 'camino' que conduce a Dios, pero, en momentos cumbre, se ha asistido a importantes reformas religiosas que en la medida en que resaltan lo espiritual por encima de lo ritual, han proclamado que, si bien se han mostrado 'caminos' para llegar a Dios, el mejor camino es el que el caminante hace al andar.

Según la creencia judía, Dios entregó una Ley a

Moisés. Por siglos, los judíos creyeron que los minuciosos rituales contenidos en esa Ley eran la 'vía' para cumplir la Alianza y llegar a Dios. La gran reforma espiritual del movimiento profético dio un vuelco a esta antigua creencia, promoviendo la idea de que, si bien la Ley es una gracia de Dios, los aspectos minuciosos del ritual son secundarios frente al verdadero 'camino' que está en el corazón de los hombres.

La espiritualización de la religión judía fue un proceso muy gradual, con altos y bajos, al punto de que, en el siglo I de nuestra era, casi todas las facciones judías de Palestina seguían defendiendo un estricto ritualismo. No sólo los fariseos, sino también los saduceos y en menor medida los esenios, promovían un entendimiento de la religión según el cual el estricto cumplimiento de la directriz del 'único camino' garantizaba el encuentro con Dios. Gracias a la influencia de los evangelios, hoy denominamos 'fariseísmo' a este tipo de actitudes (no exclusivamente religiosas) rígidas que, más que proveer un camino, proveen obstáculos. No se nos entienda mal, entonces, cuando acusemos a los rígidos metodólogos de nuestras universidades, de ser unos 'fariseos académicos'.

Los fundadores del cristianismo, Jesús y san Pablo, llevaron a un nivel aún más alto la espiritualización de la religión judía. Para Jesús, no es exclusivamente el recto cumplimiento de la Ley lo que garantiza el 'camino' a la salvación; debe ser complementado con un aspecto mucho más trascendente: el amor. Para san Pablo, ya ni siquiera es necesario circuncidarse, pues si bien el camino de la Ley tuvo su lugar en un determinado momento de la Historia, exhortó a los hombres a que cada uno hiciese su camino al andar en la

búsqueda de Dios.

Si hemos de sustituir el término 'Dios' por 'ciencia', y los términos 'Ley y caminos' por 'métodos', podremos aprender mucho de la reforma judía y cristiana, independientemente de que aceptemos o no sus dogmas (al menos uno de los dos autores de este artículo no los acepta). Pues, así como el judaísmo y el cristianismo han propuesto un antídoto al fariseísmo religioso que se limita a la estrechez del camino y pierde de vista a Dios, esta reforma espiritual es perfectamente capaz de ser transferible al plano de la ciencia, a través de la cual estaremos más concernidos con la búsqueda de la sabiduría que con el cumplimiento de las directrices del supuesto único camino que conduce a ella.

La ciencia moderna tuvo un gran impulso en la Reforma Protestante, por motivos que no podemos exponer a plenitud en este breve espacio. Basta mencionar que, entre otros, el principio protestante de *sola scripta* otorgó gran importancia al hábito de leer y redujo abruptamente las tasas de analfabetismo. Quizás aún más importante fue el principio de *sola gratia*, que reducía considerablemente la importancia de los rituales y las buenas obras como instrumentos para la salvación. Como complemento de esto, surgió la promoción de una conciencia individual que permite al creyente dispensar de las directrices del clero (Vidal, 2000). En principio, las iglesias protestantes sólo pueden aconsejar caminos, pero, en última instancia, el creyente es libre de hacer su camino al andar. A juicio de muchos historiadores de la ciencia, ese tipo de actitud religiosa (de ninguna manera exclusivamente confinada al protestantismo, pues el

catolicismo también ha vivido reformas similares en los últimos tiempos), irreverente de ‘metodologías’, ha sentado las bases para la investigación científica; no en vano, no es mera coincidencia que un muy breve período separe a la Reforma del origen de la ciencia moderna.

Bibliografía

- Aristóteles (1994). *Ética a Nicómaco*. Ed. M. Araujo y J. Marías. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Aristóteles (1970). *Metafísica*, ed. V. García Yebra, 2 vols. Madrid: Gredos.
- Aristóteles (2005). *Política*. Ed. J. Marías y M. Araújo. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Aristóteles (1998). *Retórica*. Ed. A. Bernabé. Madrid: Alianza Editorial.
- Bacon, F. (1961). *Novum Organum*. Buenos Aires: Losada.
- Bernabé, A. (1998). “Introducción”. En: Aristóteles. *Retórica*: Madrid: Alianza Editorial, pp. 1-15.
- Consejo Universitario de la Universidad del Zulia (4-02-2004). *Reglamento para la Presentación de Trabajos en la Universidad del Zulia*. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Durkheim, E. (1989). *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Pléyade.
- Ibn Warraq (Ed) (2003). *Leaving Islam*. New York: Prometheus Books.
- Machad, A. (2002). *Proverbios y cantares*, en *Antología poética*, ed. L. García-Camino. Madrid: Punto de Lectura.
- Marx, K. (1976). Tesis sobre Feuerbach, XI. En: *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
- Muñoz García, A. (2002). “Para investigar en Filosofía: ¿Metodología o Methodiología?”, en *Revista de Filosofía*, n. 42, 2002-3, pp. 69-74.
- Parménides (1979). “Poema”. En Kira, G., y Raven J., *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos, Madrid.
- Platón, *Teeteto* (1980). Ed. J. García Bacca. Caracas: Presidencia de la República y Universidad Central de Venezuela.
- Propercio (1989). *Elegías*. Ed. A. Ramírez Verger. Madrid: Gredos, Madrid.
- Seneca (1995). *Epístolas morales a Lucilio*. Ed. I. Roca Meliá, 2 vols. Barcelona: Planeta-DeAgostini, Barcelona.
- Terencio (2001). *Heautontimerumenon*, en Bravo, J., (Ed.), *Terencio. Comedias*. Madrid: Cátedra.
- Unamuno, M. (1966). “¡Adentro!”. En: *Obras Completas*, Vol. I, *Paisajes y Ensayos*. Madrid: Escelicer.
- Vidal, C. (2000). *La influencia del cristianismo en la cultura occidental*. Madrid: Espasa.
- Weber M. (1991). *Economía y sociedad*. México: FCE.